

Lectio divina sobre Lc 1, 57-66. 80

En el nacimiento de Juan Bautista sus padres reconocen que es obra de Dios, y no de los esfuerzos humanos, lo que los hace bendecir a Dios.

Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Lucas

Cuando llegó el tiempo en que Isabel debía ser madre, dio a luz un hijo. Al enterarse sus vecinos y parientes de la gran misericordia con que Dios la había tratado, se alegraban con ella. A los ocho días, se reunieron para circuncidar al niño, y querían llamarlo Zacarías, como su padre; pero la madre dijo: "No, debe llamarse Juan". Ellos le decían: "No hay nadie en tu familia que lleve ese nombre". Entonces preguntaron por señas al padre qué nombre quería que le pusieran. Éste pidió una pizarra y escribió: "Su nombre es Juan". Todos quedaron admirados, y en ese mismo momento, Zacarías recuperó el habla y comenzó a alabar a Dios. Este acontecimiento produjo una gran impresión entre la gente de los alrededores, y se lo comentaba en toda la región montañosa de Judea. Todos los que se enteraron guardaban este recuerdo en su corazón y se decían: "¿Qué llegará a ser este niño?". Porque la mano del Señor estaba con Él. El niño iba creciendo y se fortalecía en su espíritu; y vivió en lugares desiertos hasta el día en que se manifestó a Israel.

Reflexión

Si tomo conciencia de mi propio nacimiento... ¿lo reconozco como un milagro y un gran regalo? ¿Cuál será mi misión? Como Juan Bautista, ¿me siento como alguien que anuncia a Jesús?... Si miro como los padres de Juan, ¿cuáles son las obras que Dios está haciendo? ¿Mis labios alaban su obra?

bien cómo, Jesús estaba seguro de que Dios implantaba, lento pero eficazmente, su voluntad en el mundo; la fuerza vital de la simiente es mayor que su aparente destrucción; la más pequeña de las semillas lleva en sí el árbol que cobijará todas las aves posibles. Ambos símiles explican la naturaleza del reino de Dios y la convicción personal de su predicador: leer lo que sucede a nuestro alrededor como una maravilla de Dios haría maravillosa nuestra vida diaria; quien ve la vida con los ojos de Jesús descubre que no está lejos de su Dios.

Por eso pudo Jesús hablar del reino narrando la vida misma, como en el evangelio de hoy: en la siembra de una semilla que germina sin apenas esfuerzo del sembrador, hasta que llega el momento de la siega, Jesús veía una analogía con el Reino de un Dios, del que, aún sin toparse con él, puede uno estar seguro de que está trabajando en silencio, un Dios cuya actividad no cesa aunque cese nuestra memoria de Él o la capacidad de encontrarlo en la vida. El Dios que Jesús predicaba y en quien nosotros creemos, es un Dios que sigue viviendo y trabajando en el mundo, de incógnito quizá pero siempre con eficacia, como la semilla germina y va creciendo, sin que se sepa muy bien cómo. Es un Dios que se sabe que está presente no porque se le vea a Él personalmente, sino porque pueden verse siempre en crecimiento sus obras; como el sembrador sabe que la semilla dará su fruto, duerma él o vele, sin saber bien cómo o por qué, así el cristiano está seguro de que Dios está construyendo su reino en este mundo, imperceptible pero inexorablemente, a pesar de las resistencias de sus enemigos y de los pecados de sus amigos: *la tierra va produciendo la cosecha ella sola*, dice Jesús. Dios no deja de vivificar su mundo.

La certeza de Jesús ha de crear en nosotros seguridad: tan cierto estaba de tener a Dios en su vida, como el sembrador sabía tener la semilla en su campo. Y como él, contaba ya con el poder de su eficacia. Jesús nos anima, con esta sencilla imagen, a poner nuestra confianza en Dios por encima de nuestras evidencias y más allá de nuestras impresiones: sin verlo en torno nuestro, podemos sentirlo; podemos contar con su presencia, sin tenerlo todavía al descubierto; sabremos contar con Él sin haberle aferrado con nuestras manos; le sentiremos activo y vivo en nuestro mundo, en nuestro corazón, sin tener que haberlo contemplado todavía y sin tener que vivir experiencias fuera de lo ordinario; ¡bastaría que tuviéramos una fe tan pequeña como el grano de mostaza! Si tuviéramos un poco más de fe, entonces nosotros mismos seríamos el milagro: nuestro cambio sería aún mayor y más inaudito que la transformación en arbusto de la más pequeña semilla.

Porque la parábola de Jesús nos desvela una ley de la naturaleza... y de la fe: en lo más pequeño, en lo cotidiano, en cuanto sucede tan a menudo que no llama la atención, está Dios actuando, escondido. Si no logramos intuir su presencia, no será porque Él no esté; únicamente vemos lo que queremos ver: si nos dejáramos maravillarnos por cuanto de ordinario y natural ocurre en nuestro entorno y en nuestro interior, seguro que presentiríamos a Dios. Solo porque no tenemos la fe suficiente para descubrir su presencia, no logra suscitararnos maravilla ni sorpresa el tenerlo tan cerca de nosotros, más interior a nosotros mismos que nuestros mismos pensamientos o deseos conscientes.

Quien cree en este Dios, latente pero activo, recupera esa paz que sólo Dios produce, tan interior que nadie puede robárnosla, tan evidente que se hace envidiar por quienes no comparte nuestra misma seguridad. La paz del creyente en el Dios de Jesús no es una paz barata, que rehúye el compromiso: si nace de la certeza de tener a Dios disponible en cuanto vive o sufre, presente en cuanto hace o piensa, se fortalecerá viviendo o sufriendo, pensando o actuando. Quien está seguro de la actuación de Dios en él y en su mundo, no se desinteresa de sí ni de su mundo, porque le llevaría a desinteresarse del Dios que está detrás, mejor, dentro de sí y en su propio mundo. El cristiano que, por conservar su fe, evita un mundo que todavía no es bueno, una sociedad que se le está volviendo hostil, está perdiendo la fe en el Dios de Jesús y no es capaz de vivir en paz consigo mismo ni con el mundo donde le ha tocado crecer.

Y sin embargo, el creyente que sabe, como Jesús, que el modo de actuar de Dios es como el de la semilla enterrada, tiene la paciencia suficiente, como el sembrador, para esperar una cosecha abundante. ¡De qué no nos estaremos privando, escasos como estamos de esta fe que Jesús tenía y que quiso inculcarnos! No vemos los frutos de la actuación de Dios, en nosotros y en los demás, porque no podemos esperar a que llegue el tiempo oportuno: quien cosecha antes de tiempo no tiene derecho a quejarse por una magra cosecha. Creer, pues, en el Dios de Jesús, ese Dios que vive y actúa dentro de nuestro mundo como la semilla dentro del campo, lleva a vivir esperanzados, sin que la fatiga diaria nos quite el sueño ni el ansia por gozar hoy de los frutos de nuestro esfuerzo nos fuerce a vivir tensos, preocupados, por el día de mañana: 'Es inútil que madruguéis, que veléis hasta muy tarde.. Dios da el pan a sus amigos, mientras duermen', sabe quien reza.

Quien se deja convencer por Jesús y su predicación del Reino, puede experimentar la paz interior aún en medio de la tribulación, la alegría de vivir aunque esté rozándole la muerte, la capacidad de esperar un bien que aún no se ve, la confianza de que el mal, que tan mal sufrimos y el que tan bien procuramos, será un día vencido. Saberse objeto de la ocupación del Dios que trabaja en silencio, de incógnito, escondido tras los acontecimientos que nos abruman y en las personas que nos rodean, nos ha de liberar de cualquier preocupación que no sea la de tenerle fe y confianza, pase lo que pase: si Él está ya trabajando, ¿cómo no va a ser mejor un mundo que es objeto de los desvelos de Dios? ¿O qué motivos tendremos para desesperar de nosotros mismos, si dando crédito a Jesús nos sabemos sementera de Dios, campo de su cultivo y objeto de sus cuidados?

No deberíamos los creyentes hoy caracterizarnos por nuestra desconfianza y desánimo frente a los problemas de nuestra sociedad, ni tendríamos que seguir contándonos entre quienes se despreocupan por mejorarla: si sabemos que Dios la está trabajando, nos podemos sentir colaboradores suyos, sus compañeros de ilusiones y fatigas, mientras trabajamos por

hacerla mejor. Trabajar este mundo codo a codo con Dios, ¡esa será nuestro salario, la mejor de las recompensas posibles!
¿o es que podemos aquí desearnos otra mejor?.